

El valle de los
caballos

LOS HIJOS DE LA TIERRA®

Jean M.
AUEL



El valle de los
caballos

MAEVA
RED

LOS HIJOS DE LA TIERRA®
EL CLAN DEL OSO CAVERNARIO
EL VALLE DE LOS CABALLOS

Título original: *The Valley of Horses*
Edición original: Crown Publisher, Inc. New York, 1982

© Jean M. Auel, 1982
© de la traducción: LEONOR TEJADA CONDE-PELAYO
© MAEVA EDICIONES, 2024
Benito Castro, 6
28028 Madrid
www.maeva.es

MAEVA defiende el *copyright*©.

El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.

Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA continúe publicando libros para todos los lectores.

Anteriores ediciones
1.ª edición: mayo de 1987
42.ª edición: abril de 2021

Nueva edición corregida y revisada
1.ª edición: noviembre de 2024

ISBN: 978-84-10260-28-3
Depósito Legal: M-14871-2024

Preimpresión: Gráficas 4, S. A.
Diseño de cubierta: SYLVIA SANS BASSAT
Impresión y encuadernación: CPI Black Print (Barcelona)
Printed in Spain / Impreso en España

Para KAREN

que leyó el primer esbozo del libro

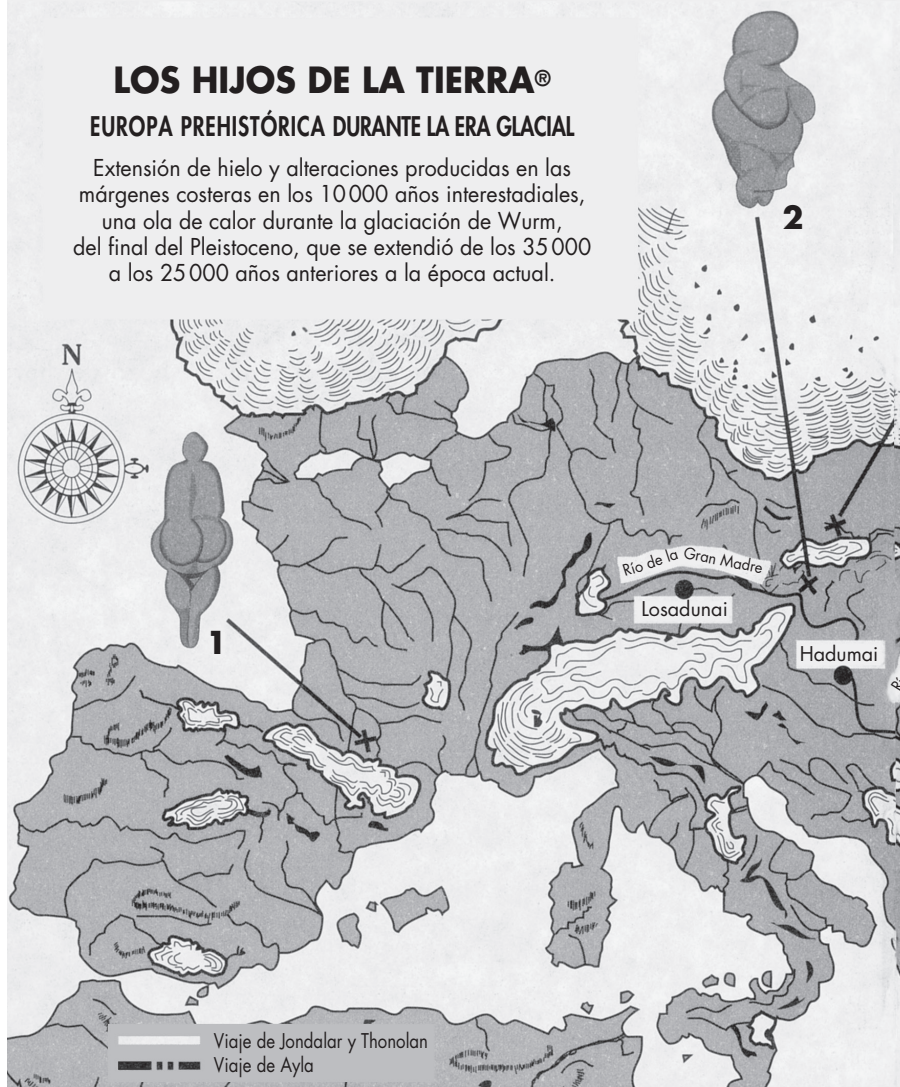
y para ASHER

con amor

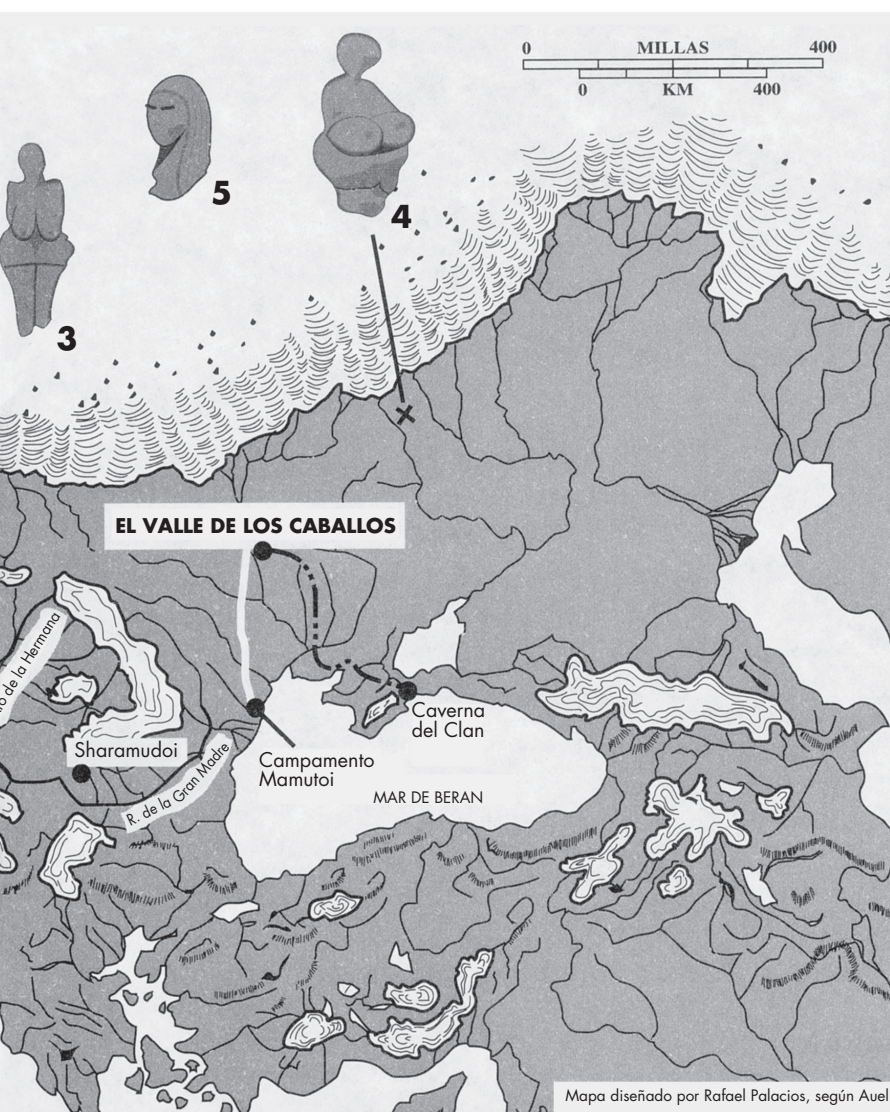
LOS HIJOS DE LA TIERRA®

EUROPA PREHISTÓRICA DURANTE LA ERA GLACIAL

Extensión de hielo y alteraciones producidas en las márgenes costeras en los 10 000 años interestadiales, una ola de calor durante la glaciación de Wurm, del final del Pleistoceno, que se extendió de los 35 000 a los 25 000 años anteriores a la época actual.



1. «Venus» de Lespugue. Marfil (restaurado). Alto: 14,7 cm. Hallada en Lespugue (Alto-Garona), Francia. *Musée de l'Homme, Paris.*
2. «Venus» de Willendorf. Piedra caliza con huellas de ocre rojo. Alto: 11 cm. Hallada en Willendorf, Wachau, Baja Austria. *Naturhistorisches Museum, Viena.*
3. «Venus» de Vestonice. Arcilla cocida (con hueso). Alto: 11,4 cm. Hallada en Dolni Vestonice, Mikulov, Moravia, Checoslovaquia. *Museo de Moravia, Brno.*



4. Figurilla femenina. Marfil. Alto: 5,8 cm. Hallada en Gagarino, Ucrania. *Instituto Etnográfico, San Petersburgo.*
5. Dama de Brassempouy. Marfil (fragmento). Alto: 3,2 cm. Hallada en la Grotte du Pape, Brassempouy (Landes), Francia. *Musée des Antiquités Nationales, Saint-Germain-en-Laye.*



1

Estaba muerta. Agujas gélidas de lluvia la despellejaban, dejándole el rostro en carne viva. La joven entrecerraba los ojos y apretaba su capucha de piel de lobo para protegerse mejor. Las ráfagas de viento le azotaban las piernas al sacudir la piel de oso que las cubría.

Aquello que había delante, ¿serían árboles? Recordó haber visto una hilera de vegetación boscosa en el horizonte, horas antes, y deseó haber prestado más atención o que su memoria fuera tan buena como la del resto del clan. Seguía pensando en sí misma como clan, aun cuando nunca lo había sido, y ahora estaba muerta.

Agachó la cabeza y se inclinó hacia el viento. La tormenta se le había venido encima de repente, precipitándose desde el norte, y Ayla estaba desesperada por la necesidad de encontrar un refugio. Pero se encontraba muy lejos de la caverna y no conocía aquel territorio. La luna había atravesado muchas fases desde que se marchó, pero seguía sin tener la menor idea de adónde se dirigía.

Hacia el norte, la tierra firme más allá de la península: era lo único que conocía. La noche en que murió, Iza le dijo que se marchara, porque Broud buscaría la forma de hacerle daño en cuanto se convirtiera en jefe. Iza no se había equivocado. Broud la había herido, mucho más de lo que ella hubiera podido imaginar.

«No tenía ninguna razón para quitarme a Durc —pensaba Ayla—. Es mi hijo. Tampoco tenía ningún motivo para maldecirme. Fue él quien enfadó a los espíritus. Fue él quien provocó el terremoto.» Por lo menos, esta vez ya sabía lo que la esperaba. Pero todo sucedió tan deprisa que incluso el clan había tardado en aceptarlo, en apartarla de su vista. Pero nadie pudo impedir que Durc la viera, aun cuando estuviera muerta para el resto del clan.

Broud la había maldecido en un impulso provocado por la ira. Cuando Brun la condenó por primera vez, los había preparado a todos, y por una buena razón: ellos sabían que tenía que hacerlo y él le brindó a Ayla una oportunidad.

Alzó la cabeza para afrontar otra borrasca helada y se dio cuenta de que oscurecía. Pronto sería de noche y sus pies estaban agarrotados. Una nevisca empapaba las envolturas de cuero que protegían sus pies, a pesar del aislamiento de hierbas con que las había rellenado. Sintió algo de alivio al ver un pino enano retorcido.

Los árboles escaseaban en la estepa; solo crecían donde hubiera suficiente humedad para alimentarlos. Una doble hilera de pinos, abedules o sauces, deformados por el viento, solía indicar una corriente de agua. Era una visión reconfortante en la temporada seca en un terreno con poca agua subterránea. Cuando las tormentas del norte caían sobre las llanuras, los árboles ofrecían refugio, por muy pocos que hubiera.

Unos cuantos pasos más condujeron a la joven hasta la orilla de un río, aunque solo un canal estrecho de agua corría entre las riberas rodeadas de hielo. Se volvió hacia el oeste para seguir aquella corriente río abajo, en busca de una vegetación más densa que le ofreciera un mejor refugio que la maleza cercana.

Avanzó con dificultad con la capucha cubriéndole media cara, pero alzó la mirada al sentir que el viento se había interrumpido de repente. Al otro lado del río, un risco bajo protegía la ribera opuesta. La hierba no le sirvió de nada cuando cruzó el agua helada, que se le filtró entre las envolturas de sus pies, pero Ayla agradeció sentirse protegida del viento. La orilla de tierra se había hundido en un punto, dejando un saliente con raíces enmarañadas y vegetación entrelazada; justo debajo había un lugar seco.

Desató las correas que sujetaban la bolsa a su espalda y se la quitó de encima; sacó una piel pesada de bisonte y una rama fuerte y lisa. Preparó una tienda baja, inclinada, que apuntaló con piedras y trozos de madera del río. La rama la mantenía abierta al frente.

Ayla aflojó con los dientes las correas de las cubiertas que le envolvían las manos como unos guantes. Eran trozos de cuero peludo, de forma circular, atados alrededor de las muñecas, con una raja abierta en las palmas para que pudiera sacar el dedo pulgar cuando quisiera agarrar algo. Su calzado estaba hecho de la

misma forma, pero sin hendidura; le costó trabajo soltar las ataduras de cuero, hinchadas, que le rodeaban los tobillos. Al quitárselas, tuvo cuidado de conservar la hierba mojada.

Tendió su capa de piel de oso sobre la tierra, dentro de la tienda, con la parte mojada hacia abajo; colocó encima la hierba y los protectores de manos y pies, y se metió con los pies por delante. Se arrojó con la piel y tiró de la bolsa para cerrar la entrada de la tienda. Después de frotarse los pies, cuando las pieles comenzaron a calentarse, se hizo un ovillo y se quedó dormida.

El invierno lanzaba sus últimos coletazos y cedía lentamente el paso a la primavera, pero la nueva estación coqueteaba caprichosa. Los indicios del calor estival se abrían paso entre los recuerdos del frío. Un cambio brusco hizo que la tormenta se calmara en el transcurso de la noche.

Ayla despertó con los reflejos de un sol deslumbrante que brillaba sobre los rastros de hielo y nieve que quedaban en las riberas, bajo un cielo azul profundo y radiante. Las nubes se movían muy lejos en dirección al sur. Salió a gatas de su tienda y corrió descalza hasta la orilla del río, con su bolsa para agua. Sin hacer caso al frío intenso, llenó la vejiga cubierta de cuero, bebió un buen trago y volvió a meterse bajo la piel de oso para entrar de nuevo en calor.

No se quedó allí mucho rato. Tenía demasiadas ganas de salir ahora que había pasado el peligro de la tormenta y que el sol la llamaba. Se envolvió los pies, secos ya por el calor corporal, y ató la piel de oso sobre la capa de cuero en la que había dormido. Luego cogió un trozo de carne de la bolsa, recogió la tienda y las manoplas y se puso en camino mientras masticaba.

El curso del río era bastante recto, corría colina abajo y se podía seguir sin dificultad. Ayla canturreaba una melodía. Vio trazos de verde en los matorrales de la orilla. Una florecilla que se asomaba entre los charcos de aguanieve la hizo sonreír. Un trozo de hielo se desprendió, fue saltando junto a ella durante un trecho corto y después avanzó veloz, flotando en la corriente.

Cuando dejó la caverna, ya había comenzado la primavera, pero el extremo sur de la península era más cálido y allí la estación empezaba antes. Además, las montañas hacían de barrera contra los cierzos helados, y las brisas marítimas del mar interior calentaban y regaban la costa y las pendientes que daban al sur, favoreciéndolas con un clima templado.

Las estepas eran más frías. Ayla había bordeado el extremo oriental de la cordillera, pero, mientras avanzaba hacia el norte por la pradera descampada, la estación la siguió al mismo paso. Parecía que nunca fuera a hacer más calor que al principio de la primavera.

Los chillidos roncós de las golondrinas de mar llamaron su atención. Alzó la mirada y vio algunas de las aves, parecidas a las gaviotas, que giraban y planeaban sin esfuerzo. Pensó que el mar debía de quedar cerca; las aves estarían anidando ahora..., por lo que habría huevos. Aceleró el paso. También era posible que hubiera mejillones en las rocas, almejas y lapas, además de charcos de agua salada llenos de anémonas de mar.

El sol alcanzaba su esplendor cuando Ayla llegó a una bahía protegida, formada por la costa meridional y la parte noroeste de la península. Por fin había llegado al paso ancho que unía la lengua de tierra con el continente.

Se deshizo de su bolsa y trepó por una cornisa escarpada que dominaba todo el paisaje. El azote de las olas había resquebrajado la roca maciza por el lado del mar. Una bandada de alcas y golondrinas de mar la increpó con gritos mientras recogía los huevos. Cascó algunos y los sorbió, todavía tibios por el calor del nido. Antes de bajar metió unos cuantos más en uno de los pliegues de su capa.

Se descalzó y caminó por la arena, lavándose los pies con el agua de mar y limpiando de arena los mejillones que había arrancado de las rocas. Las anémonas se encogieron cuando la joven tendió la mano para sacarlas de las charcas que la marea había dejado atrás. Pero su color y su forma le resultaban desconocidos. Completó entonces su almuerzo con unas cuantas almejas, que asomaban a través de la arena. No encendió fuego, sino que saboreó crudos los regalos del mar.

Harta de huevos y alimentos marinos, la joven descansó al pie de la roca alta y volvió a escalarla para examinar mejor la costa y las tierras del interior. Abrazándose las rodillas, se sentó en la parte de arriba del monolito y miró hacia el otro lado de la bahía. El viento que le acariciaba la cara transportaba el vaho de la vida marina.

La costa meridional del continente formaba un arco suave hacia el oeste. Más allá de una hilera delgada de árboles, podía ver un territorio estepario que no se diferenciaba mucho de la

pradera fría peninsular; pero no presentaba ninguna señal de estar habitado por el ser humano. «Ahí está —pensó— el continente más allá de la península. Y ahora, ¿adónde voy, Iza? Tú dijiste que ahí estaban los Otros, pero yo no veo a nadie.» Y frente al territorio vacío, los pensamientos de Ayla volvieron a la noche espantosa de la muerte de Iza, tres años atrás.

—Tú no eres del clan, Ayla. Naciste de los Otros, debes estar con ellos. Tendrás que irte, niña, encontrar a los tuyos.

—¿Irme? ¿Adónde podría ir, Iza? No conozco a los Otros. No sabría ni dónde buscarlos.

—En el norte, Ayla. Vete al norte. Hay muchos si vas en esa dirección, en la tierra continental más allá de la península. No puedes seguir aquí. Broud encontrará la manera de hacerte daño. Vete y encuéntralos, hija mía. Encuentra a tu propia gente, encuentra a tu propio compañero.

NO SE HABÍA ido entonces. No pudo. Luego no tuvo otro remedio. Ahora tenía que encontrar a los Otros, no quedaba nadie más. Nunca podría regresar; nunca volvería a ver a su hijo.

Las lágrimas corrían por su rostro. No había llorado hasta entonces. Su vida estaba en juego cuando se fue, y la pena era un lujo que no podía permitirse, pero en cuanto se encontró sola, no pudo retenerla.

—Durc..., mi pequeño —sollozó, hundiendo el rostro entre las manos—. ¿Por qué me lo arrebató Broud?

Lloró por su hijo y por el clan que había dejado atrás; lloró por Iza, la única madre que podía recordar; y lloró por su soledad y su miedo ante el mundo desconocido que la esperaba. Pero no por Creb, que la había querido como si fuera su propia hija, todavía no; le dolía demasiado; no estaba preparada para hacerle frente.

Cuando se quedó sin lágrimas, Ayla miró las olas que rompían abajo. Vio cómo creaban chorros de espuma y bañaban las rocas.

«Habría sido tan fácil —pensó—. ¡No! —Y meneando la cabeza, se enderezó—. Le dije que podía quitarme a mi hijo, que podía obligarme a marcharme, que podía maldecirme con la muerte, ¡pero que no podría hacer que me muriera!»

Sintió el sabor de la sal y una media sonrisa cruzó su rostro. Sus lágrimas siempre habían sorprendido a Iza y a Creb. Los ojos

de la gente del clan no lloraban a menos que estuvieran enfermos, ni siquiera los de Durc. Se parecía mucho a ella, podía emitir sonidos como los suyos, pero los ojos grandes y oscuros de Durc eran del clan.

Ayla bajó con rapidez. Al echarse la bolsa a la espalda, se preguntó si sus ojos eran realmente débiles o si a todos los Otros también les brotarían lágrimas. En ese mismo momento, otro pensamiento le pasó por la mente: «Encuentra a tu propia gente, encuentra a tu propio compañero».

LA JOVEN SIGUIÓ su camino hacia el oeste a lo largo de la costa, cruzó numerosos ríos y arroyos que se abrían paso hacia el mar interior, hasta que llegó a un río bastante grande. Después se orientó hacia el norte, siguiendo el agua que fluía en un torrente tierra adentro y buscando un lugar por donde poder cruzarlo. Atravesó la franja costera de pinos y alerces, una zona boscosa en la que de vez en cuando destacaba un árbol de grandes dimensiones. Cuando llegó a las estepas continentales, matorrales de sauces, abedules y álamos temblones se unieron a las coníferas que bordeaban el río.

Siguió cada meandro, cada recodo del curso, y cada día que pasaba se sentía más inquieta. El río estaba llevándola de nuevo hacia el este, en una dirección generalmente nordeste. Ella no quería ir hacia allí, pues algunos clanes cazaban en la parte oriental del continente. Había decidido orientarse hacia el oeste en su viaje al norte. No quería correr el riesgo de encontrarse con alguien del clan... ¡Y menos con la maldición de muerte que pesaba sobre ella! Tendría que encontrar el modo de atravesar el río.

Cuando el río se ensanchó y se separó en dos canales, con un islote en medio y unas orillas rocosas a las que se aferraba la maleza, decidió arriesgarse a cruzar. Unas cuantas peñas en el canal, al otro lado del islote, le hicieron pensar que tal vez fuera poco profundo y pudiera atravesarlo. Nadaba bien, pero no quería que sus ropas y su bolsa se mojaran; tardarían demasiado en secarse y las noches seguían siendo frías.

Caminando a lo largo de la ribera, observó el agua que corría rápidamente. Una vez hubo decidido cuál era el tramo que le parecía menos hondo, se quitó la ropa, la metió en la bolsa y, sosteniéndola en alto, entró en el agua. Las rocas estaban resbaladizas

bajo sus pies y la corriente amenazaba con hacerle perder el equilibrio. A medio camino del primer canal, el agua le llegaba a la cintura, pero consiguió alcanzar el islote sin sufrir ningún percance. El segundo canal era más ancho. No estaba segura de poder franquearlo, pero estaba a mitad del camino y no quería darse por vencida.

Ya había atravesado la mitad de la corriente cuando el río se hizo más profundo, tanto que tuvo que caminar de puntillas, con el agua al cuello, sosteniendo la bolsa por encima de su cabeza. De repente, el fondo se hundió. La cabeza de Ayla se sumergió y tragó agua. De forma instantánea empezó a agitar los pies en el agua, sin soltar la bolsa; la agarró con una mano, mientras con la otra trataba de aproximarse a la orilla opuesta. La corriente la levantó y la sostuvo, pero solo una distancia corta. Sintió las piedras bajo los pies y poco después estaba trepando por la orilla.

CUANDO DEJÓ EL río atrás, Ayla se puso a recorrer la estepa de nuevo. A medida que los días soleados se fueron haciendo más frecuentes que los lluviosos, la estación cálida le alcanzó de lleno. Sus manos comenzaron a recorrer las hojas de los árboles, la maleza y las coníferas, que despuntaban un color verde claro en el extremo de sus ramas. Arrancaba algunas para mascarlas mientras caminaba, paladeando el sabor a pino, algo picante.

Adoptó la rutina de viajar todo el día antes del atardecer, cuando buscaba un arroyo o un riachuelo junto al que acampar. Todavía era fácil encontrar agua. Las lluvias primaverales y la fusión de los hielos del norte hacían que los ríos se desbordaran y que se inundaran los barrancos y pantanos, que más tarde se convertirían en cárcavas secas o, en el mejor de los casos, en arroyos fangosos. La abundancia de agua era una fase efímera. La humedad sería absorbida deprisa, pero no antes de que las estepas florecieran.

Casi de la noche a la mañana, las flores blancas, amarillas y púrpura —las de azul fuerte o rojo brillante eran menos frecuentes— cubrieron la tierra, fundiéndose en la distancia con el verde predominante de la hierba nueva. Ayla se sentía fascinada ante la belleza de la estación; la primavera había sido siempre su estación preferida.

En cuanto en los terrenos comenzaron a brotar señales de vida, hizo menos uso de la escasa provisión de alimentos que conservaba y comenzó a vivir de la tierra. Esto no la retrasaba mucho en su trayecto. Todas las mujeres del clan aprendían a cortar hojas, flores, brotes y bayas mientras viajaban, casi sin detenerse. Ayla arrancó las hojas y las ramitas de una rama más gruesa, afiló un extremo con un cuchillo y la utilizó para arrancar bulbos y raíces con la misma rapidez. Recolectar era fácil: solo tenía que alimentarse a sí misma.

Pero la joven contaba con una ventaja que las mujeres del clan no solían tener: podía cazar. Aunque solo con la honda. Los hombres estaban de acuerdo —una vez se hicieron a la idea de que pudiera cazar— en que era la cazadora con honda más hábil de todo el clan. Había aprendido sola y pagó cara aquella habilidad.

Como las hierbas nuevas tentaban a las ardillas terrestres, a los hámsters gigantes, a los jerbos grandes, a las liebres y a los conejos recién salidos de sus nidos invernales, Ayla comenzó a llevar de nuevo la honda metida en la correa que le sujetaba la capa de pieles. También llevaba en el mismo sitio el palo de cavar, pero su bolsa de medicinas estaba, como siempre, colgada de la correa de la cintura, que le sujetaba la prenda interior.

Abundaba el alimento, pero la leña y el fuego eran algo más difíciles de conseguir. Podía encender una fogata, porque en los matorrales y árboles bajos que conseguían sobrevivir en los márgenes de algunos ríos temporales, encontraba leña seca con frecuencia. Siempre que tropezaba con ramas secas o boñigas, las recogía también. Pero no hacía fuego todas las noches. Muchas veces no disponía del material adecuado, o estaba demasiado verde o mojado, y otras veces se sentía cansada y no quería tomarse esa molestia.

Aun así, no le gustaba dormir al descubierto sin la seguridad que proporcionaba una hoguera. La inmensidad del lugar acogía a muchos rumiantes grandes, aunque estos podían verse atacados por cazadores de cuatro patas. En general, una hoguera los mantenía a distancia. La práctica común en el clan era que un varón de categoría transportara un carbón durante los viajes para encender la siguiente hoguera, pero a Ayla no se le había ocurrido llevar consigo materiales para hacer fuego. Cuando se dio cuenta, se preguntó por qué no lo habría pensado antes.

Si la leña estaba demasiado verde o húmeda, no era fácil encender fuego con el palo de frotar y la plataforma de madera plana. Cuando encontró el esqueleto de un uro, pensó que sus problemas estaban solucionados.

La luna había recorrido otro ciclo y la primavera húmeda estaba convirtiéndose en un verano cálido y temprano. Ayla seguía recorriendo la llanura costera que se inclinaba suavemente hacia el mar interior. El lodo arrastrado por las inundaciones de temporada formaba largos estuarios cerrados por un lado por bancos de arena, o bloqueados por completo y convertidos en lagunas y albuferas.

A media mañana, había acampado en un paraje seco junto a una charca. El agua parecía estancada, no potable, pero su bolsa para agua estaba casi vacía. Metió la mano para probarla y escupió el líquido fétido; después se enjuagó la boca con un sorbo de su cantimplora.

«Me pregunto si los uros beberán esta agua», pensó, al ver huesos y una calavera con largos cuernos afilados. Se apartó del agua estancada con su espectro de muerte, pero los huesos no se le borraban del pensamiento. Seguía viendo la calavera blanca y los largos cuernos, curvos y huecos...

Casi a mediodía, se detuvo junto a un río y decidió hacer fuego y asar un conejo que había cazado. Sentada bajo el sol cálido, haciendo girar el palo de hacer fuego entre las palmas sobre la plataforma de madera, deseaba que apareciera Grod con el carbón que llevaba en...

Dio un brinco, metió el palo y la base de madera en la bolsa, colocó encima el conejo y echó a correr volviendo sobre sus pasos. Cuando llegó a la charca, buscó la calavera. Grod solía llevar un carbón encendido, envuelto en musgo seco, dentro del cuerno largo y hueco de un uro. Por tanto, si ella seguía su ejemplo, podría transportar su propio fuego.

Mientras tiraba del cuerno sintió una punzada de remordimiento: las mujeres del clan no transportaban fuego; estaba prohibido.

«Pero ¿quién lo llevará por mí, si no?», pensó, tirando con fuerza hasta arrancar el cuerno. Se alejó en seguida, como si creyera que esa acción prohibida había atraído sobre ella miradas llenas de reprobación.

Hubo un tiempo en el que, para su supervivencia, tuvo que ajustarse a un modo de vida ajeno a su naturaleza. Ahora dependía de su capacidad para superar los condicionamientos de su niñez y de que supiera pensar por sí misma. El asta de uro era un comienzo, así como buen presagio en cuanto a sus oportunidades.

Sin embargo, llevar fuego era bastante más complicado de lo que ella había supuesto. Por la mañana buscó musgo seco para envolver el carbón prendido. Pero el musgo, tan abundante en la región boscosa próxima a la caverna, no existía en las planicies, abiertas y secas. Al final, decidió usar hierba. Comprobó con desesperanza que la brasa se había apagado cuando se preparaba para acampar de nuevo. Sin embargo, sabía que podía lograrse, y ya había protegido hogueras en muchas ocasiones para que se mantuvieran encendidas toda la noche. Poseía los conocimientos necesarios. A fuerza de pruebas y de muchas brasas apagadas, consiguió descubrir la manera de conservar algo de fuego de un campamento a otro. Y también llevaba colgada de su correa el asta de uro.

AYLA ENCONTRABA SIEMPRE la forma de atravesar los ríos que se encontraba, pero cuando se topó frente al gran río, comprendió que tendría que emplear otro método. Había avanzado contracorriente varios días; pero ahora el curso volvía hacia el noroeste sin reducir su anchura.

Aunque ya se creía fuera del territorio en el que podrían estar los cazadores del clan, no quería seguir hacia el este. Eso significaba regresar al clan. No podía regresar; ni siquiera deseaba orientarse en aquella dirección. Y tampoco podía permanecer allí, acampando a cielo descubierto junto al río. Tendría que cruzar; no le quedaba otra salida.

Pensó que sería posible cruzarlo a nado —siempre había sido buena nadadora—, pero el problema era que no podía sostener por encima de la cabeza la bolsa con todas sus pertenencias.

Estaba sentada al lado de un fuego modesto, protegida por un árbol caído cuyas ramas se bañaban en el río. El sol de la tarde brillaba sobre el fluir constante del río, que bajaba veloz. De vez en cuando pasaban desperdicios flotando. Y le recordó al río que corría junto a la caverna y la pesca del salmón y el esturión en su desembocadura. Entonces solía disfrutar nadando, aunque a Iza

le preocupase. Ayla no recordaba haber aprendido a nadar; parecía ser algo innato en ella.

«Me pregunto por qué a nadie más le gustaba nadar —se decía al recordar aquellos días—. Creían que yo era rara porque me gustaba meterme en el mar... hasta el día en que Ona estuvo a punto de ahogarse.»

Recordó que todos le habían estado agradecidos por salvar la vida de la niña. Incluso Brun la ayudó a salir del agua. Entonces había experimentado una cálida sensación de ser aceptada, de ser realmente una de ellos. Sus piernas largas y rectas, su cuerpo delgado, su estatura excesiva, su cabello rubio, sus ojos azules y su frente alta no importaron ya. Algunos del clan intentaron aprender a nadar después de aquello, pero no flotaban bien y les asustaban las aguas profundas.

«Me pregunto si Durc podría aprender. Nunca fue tan pesado como los otros bebés, y nunca será tan musculoso como la mayoría de los hombres. Creo que podría...»

»¿Quién va a enseñarle si yo no estoy allí? Uba no sabe. Ella lo cuidará; lo quiere tanto como yo, pero no sabe nadar. Y Brun tampoco. Brun le enseñará a cazar, lo protegerá. No permitirá que Broud haga daño a mi hijo, lo prometió... aun cuando se suponía que ya no podía verme. Brun fue un buen jefe, no como Broud...

»¿Es posible que Durc creciera dentro de mí por culpa de Broud? —Ayla se estremeció recordando cómo Broud la había forzado—. Iza decía que los hombres actuaban así con las mujeres que les gustaban, pero Broud solo lo hacía porque sabía cuánto daño me hacía. Todos dicen que los bebés se crean gracias al espíritu de un tótem. Pero ningún hombre tiene un tótem lo suficientemente fuerte para vencer a mi León Cavernario. Me quedé embarazada solo después de que Broud comenzara a forzarme, y todos se sorprendieron. Nadie pensó que yo llegaría a tener un bebé...

»Ojalá pueda verle cuando sea mayor. Ya está alto para su edad, como yo. Será el hombre más alto del clan, estoy segura...

»¡No, no lo estoy! Nunca lo sabré. No volveré a ver a Durc.

»Deja de pensar en él, se ordenó a sí misma, secándose una lágrima. —Se levantó y echó a andar hacia la orilla del río—. De nada sirve pensar en él. No me ayudará a cruzar el río.»

Había estado tan sumida en sus pensamientos que no reparó en el tronco que flotaba cerca de la orilla. Miraba con desinterés

cómo las ramas abiertas y enmarañadas del árbol caído lo detenían, mientras el tronco luchaba por liberarse durante un rato. En cuanto se fijó en él, también vio sus posibilidades.

Vadeó las aguas poco profundas y tiró de él hasta la playa. Era la parte superior del tronco de un árbol grande que se había quebrado por una inundación violenta río arriba, y no estaba lleno de agua. Con un hacha de mano que llevaba en uno de los pliegues de su capa de cuero, recortó la más larga de las dos ramas bifurcadas hasta dejarla del mismo tamaño que la otra; después las limpió de las ramitas que estorbaban, dejando dos tallos bastante largos.

Después de echar una mirada alrededor, se dirigió hacia un grupo de abedules cubiertos de clemátides trepadoras. Tirando de una liana leñosa consiguió arrancar toda una planta larga y resistente. Regresó mientras le arrancaba las hojas. Entonces extendió su tienda de cuero en el suelo y colocó encima el contenido de su bolsa. Ya era hora de hacer inventario y volver a guardarlo todo de forma ordenada.

Puso sus polainas de cuero y sus guantes de piel en el fondo de la bolsa junto con el manto forrado de pieles, ya que ahora usaba el de verano; no los necesitaría antes del invierno siguiente. Se detuvo un instante, preguntándose dónde se encontraría entonces, pero no quería pensar en ello. Interrumpió de nuevo su tarea al coger el manto de cuero fino y flexible que había usado para cargar a Durc sobre la cadera.

No le hacía falta, no era necesario para su supervivencia. Solo se lo había llevado porque era algo que había estado en contacto con el niño. Lo acercó a su mejilla, después lo dobló cuidadosamente y lo metió en la bolsa. Colocó encima las tiras de cuero suave que utilizaba durante su menstruación. Después, un par de protectores de los pies de repuesto. Ahora andaba descalza, pero seguía poniéndoselos cuando hacía frío o humedad, y estaban muy desgastados. Se alegró de haberse traído otro par.

Después revisó sus alimentos. Había un paquete de corteza de abedul lleno de azúcar de arce, el último que le quedaba. Lo abrió, partió un trozo y se lo comió, preguntándose si volvería a probar el azúcar de arce cuando se le acabara este.

Le quedaban varios panes de viaje, del tipo del que se llevaban los hombres cuando iban de cacería; se componían de grasa derretida, carne seca molida y frutos secos. Solo de pensar en la

grasa tan rica se le hizo la boca agua. La mayoría de los animales que cazaba con la honda eran magros. Sin los alimentos vegetales que recolectaba, se hubiera consumido poco a poco con una dieta que constaba solo de proteínas. Las grasas o los carbohidratos también eran necesarios en una forma u otra.

Puso los panes de viaje en la bolsa sin caer en la tentación de comérselos, y los reservó para casos de emergencia. Agregó algunas tiras de tasajo —duro como el cuero, pero nutritivo—, unas pocas manzanas secas, algunas avellanas, unos saquitos de grano recogido de las hierbas de la estepa cerca de la caverna, y tiró una raíz podrida. Encima de los alimentos colocó su tazón, su capucha de piel de lobo y los protectores de los pies desgastados.

Desató su bolsa de medicinas de la correa que le servía de cinturón y frotó con la mano la piel suave e impermeable de nutria, sintiendo los huesos duros de rabo y patas. La correa que cerraba la bolsa estaba encajada alrededor del orificio, y la cabeza curiosamente aplastada, que seguía sujeta por la parte posterior del cuello, servía de tapa. Iza la había hecho para ella, transmitiendo el legado de madre a hija, cuando Ayla se convirtió en la curandera del clan.

De pronto, recordó la primera bolsa de medicinas que le había hecho Iza, la que Creb había quemado la primera vez que la maldijeron. Brun tuvo que hacerlo. No estaba permitido que las mujeres tocaran las armas, y Ayla había estado usando la honda durante varios años. Aun así, le había dado la oportunidad de regresar... si sobrevivía.

«Tal vez me dio una oportunidad más grande de lo que él creía —pensó—. Me pregunto si estaría viva ahora, de no haber aprendido cómo la maldición de muerte le hace desear a una estar muerta. Salvo por haber tenido que abandonar a Durc, creo que la primera vez fue más duro. Cuando Creb quemó todas mis cosas, quise morirme.»

No había podido pensar en Creb, el dolor era demasiado reciente, la pena demasiado viva. Había querido al viejo mago tanto como a Iza. Él fue el hermano de Iza y de Brun. Al faltarle un ojo y un brazo, Creb nunca había cazado, pero era el más grande de todos los hombres santos de los clanes. Mog-ur, respetado y temido... Su rostro viejo, tuerto y cubierto de cicatrices era capaz de intimidar al cazador más valeroso, pero Ayla había conocido su lado más tierno.

La había protegido, se había preocupado por ella, la había querido como a la hija que nunca tuvo. Ayla había tenido tiempo para acostumbrarse a la idea de que Iza había muerto, tres años atrás, y aunque le dolía la separación, sabía que Durc seguía con vida. Sin embargo, no había llorado a Creb. De repente, gritó su nombre.

—¡Creb...! ¡Oh, Creb...! ¿Por qué entraste otra vez en la caverna? ¿Por qué tuviste que morir?

Sollozó desconsoladamente en la bolsa de piel de nutria. Entonces, desde su interior, un gemido agudo estalló en su garganta. Se mecía de atrás para adelante, incapaz de contener su desesperación. Pero allí no había nadie para unirse a sus lamentos y compartir su duelo. Se lamentaba sola, se lamentaba por su soledad.

Cuando dejó de llorar, se sintió vacía, pero aliviada. Al cabo de un rato se acercó al río, se lavó la cara y metió sus medicinas en la bolsa. No necesitó comprobar el contenido, sabía perfectamente lo que había dentro.

Agarró el palo de cavar y lo lanzó lejos, con una ira decidida que sustituía su dolor. «¡Broud no conseguirá que me muera!» Aspiró profundamente y se impuso seguir llenando la bolsa. Metió en él los materiales para hacer fuego y el cuerno de uro, después cogió algunas herramientas de pedernal que llevaba entre los pliegues de su manto. De otro repliegue sacó un guijarro redondo, lo lanzó al aire y lo cogió al vuelo. La honda podía lanzar cualquier piedra de un tamaño adecuado, pero la puntería mejoraba con proyectiles redondos y suaves. Guardó los pocos que tenía.

Llevó la mano a su honda, una tira de piel con una bolsa en el centro para colocar las piedras y con extremos largos y retorcidos por el uso. Sin duda, se quedaría con ella. Desató una cinta de cuero larga, colocada alrededor de su manto de piel de venado de manera que se formaran pliegues para llevar las cosas. El manto cayó y Ayla se quedó desnuda, excepto por la bolsita de cuero que llevaba colgada del cuello y que contenía su amuleto. Se lo quitó pasándoselo por la cabeza y se sintió más desnuda sin el amuleto que sin el manto, porque los objetos pequeños y duros que encerraba la pequeña bolsa la tranquilizaban.

Ahí llevaba todo: la suma total de sus posesiones, lo único que necesitaba para vivir..., eso y los conocimientos, la habilidad, la experiencia, la inteligencia, la decisión y el valor.